

DULCE MARIA LOINAZ

Por ADRIANO DEL VALLE

Sí, divaguemos un poco en torno a la poesía y al misterio de su revelación, porque la poesía sigue siendo un misterio no revelado, una celestial y misteriosa revelación frustrada, si queréis. Aun aquellos poetas más clarividentes, ante el indescifrable secreto de su propia poesía, y nos referimos a la clarividencia casi algebraica de los que se enfrentan con lo inescrutable, queriendo levantar los siete velos herméticos en los catorce versos de un soneto; aun esos poetas, al hacer la hermenéusis de su obra en el momento de la revelación creadora, en el alumbramiento original que le diera impulso a la mente, sólo nos dejan un torpe balbucear explicativo de aquello que, paradójicamente sea dicho, no tiene, ni quizás tenga nunca, una posible explicación. Algo así como la actitud del físico que, siendo domeñador del átomo, no acertara a comprender la melodiosa belleza bíblica del Génesis en su más pura concepción teológica.

Quizás haya sido Poe el poeta más celestialmente lúcido de la humanidad, y, por lo tanto, el más apto para desvelar aquellos secretos casi divinos que se resisten a caer en manos de los hombres, secretos que se abroquelan con la luz cegadora de su propio miste-

rio indescifrable. Que esta luz pudiera ser, en resumidas cuentas, la del misterio poético y su diamantina claridad, o sea la luz negra que nos llega, negándonos su íntima revelación posesiva. Porque cada intento de exégesis de aquello que les fué otorgado a los poetas por gracia divina lleva aparejado casi siempre la actitud debelada del Ángel Caído.

Y quizás sea la mujer esa criatura predestinada a recibir la mágica revelación de cuanto entraña el mensaje poético. Si habituada a presentir el latido de una incipiente vida en sus entrañas maternas, la gravedad del pensamiento poético y su inefable proceso gestatorio, el levísimo palpitar de lo que siendo corpúsculo trascenderá en cántico de la Esposa hacia el Amado, ¡cuán imperceptiblemente entrará entonces la Amada, toda fervor y sigilo, en esa cámara salomónica del cántico revelado!

Y he aquí a Dulce María Loinaz, la purísima vidente, que ya entró en posesión del secreto poético. Por su propia feminidad, por esa intimidad deleitosa de su nombre pronunciado, cuyas breves vocales y consonantes azucaran el eco, Dulce María Loinaz nos trae el mensaje que la poesía deletreó en su espíritu, no hijo de la pereza cubana, sino del éxtasis universal, origen, al fin, de toda auténtica poesía.

En Dulce María Loinaz deja de ser un proceso de sombras y velos misteriosos ese fluir formativo del verso, que en su voz adquiere el acento de una plegaria musitada, el hábito de una oración para todos los días. En Dulce María Loinaz nos familiarizamos con la contigüidad del cisne, teniendo su canto difícil al alcance de nuestro oído. En Dulce María Loinaz aprendemos la música no escuchada, la poesía entresonada, con vocablos recién inventados para expresar la nébula de lo inexpresable. En Dulce María Loinaz reverenciamos la desnudez de un alma que desdeña el ropaje retórico para su verso. En Dulce María Loinaz se nos hace cotidiano el lejano trasmundo del cántico, como si fuera sombra de su espíritu o espejo de su costumbre.

Hay un mar cálido, en el que unas islas exudan su vegetación tropical, perlas afloradas sobre el oleaje, galas de Neptuno, llama-

das las Antillas. Y entre las Antillas, la fastuosa isla de Cuba, perla inmensa para el lóbulo de la oreja nacarada de Venus, isla edulcorada con la savia rezumante de su pulpa, con la raíz de sus cañaverales dulcísimos. Y en la manigua, en esa inmensa orilla vegetal que ostenta barroquismos de botánica mestiza, Dulce María Loinaz formula su revelación y su cántico, palabra a palabra, gota a gota, siguiendo el ritmo del tiempo, que se desgrana con la arena de una clépsidra, tiempo que tiene adolecido el minuto de la pereza tropical que le contagió el segundo.

Dulce florón de los mares cálidos, petrificación de la espuma, oleaje mineralizado en su litoral isleño, Cuba, regazo acogedor y tibio, brindó una hamaca de mar y cielo a la voz soñadora de Dulce María Loinaz. Y aquí está su canto junto a nosotros, como si el exótico fruto de un árbol trasplantado desde su país fuese desgajado por el viento de Europa, aquí, en este áspero jardín de aclimatación, mientras que sus ramas rezuman la nostalgia de sus tórridos cielos nativos. Y así, Dulce María Loinaz, nacida bajo el sol cubano, hija de la espuma antillana, en el meridiano donde la encrucijada del mundo ofrece un rumbo a cada viento de la Rosa Náutica, nos trae en el habla española un regusto de la más dulce de las Españas.

Y en el deslumbramiento de la isla de Cuba, rodeada la segregación de sus azúcares por la voracidad de un mar que es batido a coletazos por los tiburones del Caribe; allí donde la luna del trópico alumbra los naufragios con el desove de las constelaciones, el hemisferio boreal, derramándose sobre las aguas calientes de las Antillas, se nos aparece como la cósmica copa de un gran festín nocturno volcando su luz sobre las playas cubanas. Y desde esas playas, donde las anclas son las raíces con que los mástiles, árboles de los mares, selva de Ulises, arraigan en los fondeaderos, Dulce María Loinaz nos llegó elevando sobre las almas la grácil parábola de sus versos, sin acento aborigen en su poderosa alquimia espiritual, porque su sangre purísima corre por el árbol genealógico de la poesía universal de todos los tiempos. Y ésa es, sin duda alguna, la más alta y acendrada virtud de su canto.

Lejos de Dulce María Loinaz el color nativo en su lirismo, el

acento local, que constituye la fisonomía étnica de los parnasos que tuvieron su origen en países poderosamente coloreados por la fuerza de una sangre mestiza. Ni el bohío, ni el «son», ni los ñañigos cubanos, están representados en la poesía de Dulce María Loinaz. Ni apenas el pájaro del trópico, sino la pureza mitológica del cisne. Ni la «maraca» del danzón, sino los salterios davídicos o, a lo sumo, el arpa de la Avellaneda. Por eso, la voz de Dulce María Loinaz es una voz fraterna entre nosotros. Una voz española, aunque en cada vocablo nos ofrezca, como en un cuenco, el frescor dulcísimo y la pulpa tierna del más sabroso fruto de su Cuba natal. Así sea.